

# El reto del humanismo cristiano en la universidad

Domènec Melé

Titular de la Catedra de Ética Empresarial  
IESE Business School, Universidad de Navarra

### **Resumen**

En la universidad actual persiste una notable fragmentación de los saberes, de modo contrario a la idea original de universidad. Por otra parte, predominan ideologías de corte positivista, pragmatista y utilitarista que proponen una visión reduccionista de lo humano. Ello plantea el reto de incorporar a la universidad una visión integral del hombre tal como la presenta el humanismo cristiano, que considera lo humano en todas sus dimensiones, incluyendo su dimensión trascendente y las realidades que se descubren a la luz de la fe. Aquí se analizan algunos rasgos esenciales del humanismo cristiano, con los valores que comporta, y la aportación del humanismo cristiano a la institución y el quehacer universitario. Finalmente, se proponen algunas recomendaciones para la implementación del humanismo cristiano en la universidad.

*Palabras clave: Humanismo cristiano, universidad, ideologías*

### **Abstract**

Currently, knowledge fragmentation persists at the University, contrary to the foundational idea of a comprehensive vision of the world. In addition, positivist, pragmatic and utilitarian ideologies are still mainstreams, with the subsequent reductionist view of the human. Here we posit the challenge of incorporating into the university an integral vision of the human being as presented by Christian humanism, which considers the human in all its dimensions, including the transcendent dimension and the realities discovered in the light of faith. Some essential features and values of Christian humanism are analyzed as well as the contribution of Christian humanism to the University as institution and in university work. Finally, we suggest some recommendations for the implementation of Christian humanism in the university.

*Keywords: Christian Humanism, University, ideologies*

## Introducción

En los albores de la universidad europea, surgida de las escuelas catedrales y las escuelas monásticas en los siglos XII y XIII, lo humano estaba muy presente, subrayaba la autonomía del hombre y, a la vez, su dependencia del Creador. La universidad estaba impregnada de lo que hoy denominamos humanismo cristiano, aun sin llamarlo así. Tenía un enfoque comprensivo e integrado del saber, que abarcaba al cosmos y al hombre en su totalidad y su significado último. Tenía como fuerza motriz la búsqueda de la verdad y la voluntad de servir a la sociedad. Lo hacían armonizando todos los saberes de su tiempo con la fe cristiana.

Con el advenimiento de la ciencia experimental los saberes se ampliaron y los estudios científicos y técnicos fueron ocupando un espacio creciente. Coexistían con las humanidades, aunque con una conexión cada vez menor. Después se fue acentuando la separación entre humanidades y ciencias y paulatinamente se perdió la interdependencia entre los diversos saberes. Aumentó la especialización y la orientación fundamental adquirió un carácter funcional. Con ello los diversos estudios universitarios estuvieron cada vez más enfocados a preparar profesionalmente, con un sentido muy técnico, perdiendo la visión comprensiva e ignorando la unidad de los saberes y la centralidad de lo humano entendido en plenitud. No cabe duda que el hombre seguía siendo considerado, pero sólo bajo perspectivas parciales—como sujeto jurídico, agente económico, paciente, individuo de un colectivo social, consumidor, votante, alguien con voluntad de poder, o simplemente una parte actuante dentro de un sistema.

La universidad actual es heredera del pasado. Pretende formar profesionales—cosa laudable—pero, por lo general, se trata de una formación muy técnica y fragmentaria y, paradójicamente, no siempre bien conectada con las necesidades del mundo profesional y empresarial. Es una situación denunciada, entre otros, por MacIntyre, quien se lamentaba de la falta de universitarios que se pregunten por la relación entre las diversas disciplinas entre sí y cómo cada una de ellas ayuda a comprender el universo en su totalidad<sup>1</sup>. Por supuesto hay excepciones, pero aun cuando exista la voluntad de dar esta visión comprensiva y el deseo de formar personas en toda su integridad, puede resultar difícil llevarlo a cabo a causa de las ideologías y modelos conceptuales imperantes.

A pesar de estas dificultades, se impone la necesidad del recuperar la interconexión de los saberes y la centralidad de lo humano en el quehacer universitario frente a la actual fragmentación del saber y el olvido del *homo humanus*, es decir, el ser humano completo. De otro modo, la formación adquirida podrá ser técnicamente relevante pero humanamente muy pobre.

<sup>1</sup> MacIntyre adopta una postura muy drástica ante esta cuestión, afirmando que nadie se ocupa de ello (cf. MacIntyre, Alasdair, Dios, filosofía, universidades. Historia selectiva de la tradición filosófica católica, Nuevo Inicio: Granada 2012, p. 35).

Aquí, sin pretender abordar la compleja cuestión de la unidad de los saberes, planteamos el reto de reincorporar el humanismo en la institución y en el quehacer universitario. Más concretamente, abogamos por recuperar una visión integral del hombre tal como la presenta el humanismo cristiano que, como veremos en este trabajo, considera lo humano en todas sus dimensiones, incluyendo su dimensión trascendente y las realidades que se descubren a la luz de la fe.

Al reflexionar sobre el humanismo cristiano en la universidad surgen diversas cuestiones que trataremos de afrontar. La primera es conocer las ideologías reduccionistas de lo humano presentes en la universidad actual y que deberían ser superadas. La segunda cuestión es comprender los rasgos esenciales del humanismo cristiano con los valores que comporta. Relacionada con la anterior, la tercera versa sobre la aportación del humanismo cristiano en la institución y el quehacer universitario. Finalmente, surge la cuestión de la implementación del humanismo cristiano en la universidad actual, sobre la cual intentaremos dar algunas recomendaciones.

En este trabajo nos apoyaremos en diversos textos de los últimos Papas, tomados con frecuencia de encuentros con profesores universitarios. Abogan abiertamente por el humanismo cristiano en la universidad, al tiempo que señalan el modo de superar algunas dificultades y proporcionan directrices genéricas de acción, dejando la concreción a cada universidad y a la acción personal de quienes las integran. Utilizaremos también algunas notas de la antropología cristiana del Concilio Vaticano II y la Constitución apostólica *Ex Corde Ecclesiae*<sup>2</sup> sobre las universidades católicas, cuyo contenido es, en gran medida, aplicable a universidades inspiradas en el humanismo cristiano.

## **Superar prejuicios ideológicos introducidos en la universidad**

La universidad es un quehacer colectivo. Está estructurada como institución social, con una misión dentro de la sociedad, justificada por su aportación específica al bien común, que como veremos está relacionado con la docencia superior, la investigación y la difusión del saber. Alfonso X, el Sabio, en el *Libro de las Partidas*, afirmaba que la universidad es “ayuntamiento de maestros y escolares con voluntad y entendimiento de aprender los saberes”<sup>3</sup>. Seguramente que en la universidad puede descubrirse otras facetas, pero no cabe duda que ese “juntarse” de profesores y alumnos para el saber denota algo esencial de la universidad, y nos da una primera aproximación de su misión en la sociedad.

La misión de “aprender los saberes” puede concretarse en tres aspectos inte-

<sup>2</sup> Juan Pablo II, Constitución Apostólica ‘Ex corde Ecclesiae’ (15 agosto 1990). Accesible en [vatican.va](http://vatican.va).

<sup>3</sup> Alfonso X el Sabio, Siete Partidas, Partida II, Tít. XXXI. *Ex corde Ecclesiae*, cit., n. 30.

rrelacionados. El primero es la docencia, que en un sentido más amplio es formación de alumnos, así como de profesores e investigadores noveles. El segundo es la investigación, con la que se hace progresar el saber y se ayuda a resolver sus problemas sociales. El tercero es la difusión de conocimientos, incluyendo la concienciación social de retos surgidos del conocimiento y la investigación.

Subyacente a esos tres aspectos, netamente descriptivos, hay una teleología, esto es, una finalidad que actúa como directriz fundamental para la docencia, la investigación y la difusión del saber. Tradicionalmente esta finalidad ha sido la búsqueda de la verdad. En este sentido, san Juan Pablo II ha señalado que “la misión fundamental de la Universidad es la constante búsqueda de la verdad mediante la investigación, la conservación y la comunicación del saber para el bien de la sociedad.”<sup>4</sup> Conviene hacer notar que en el pensamiento de este gran universitario que fue san Juan Pablo II, esta misión no es exclusiva de la universidad católica o de inspiración cristiana, sino de toda universidad.

La búsqueda de la verdad exige una actitud humilde y tenaz, con la mente abierta a la realidad, sin apriorismos ni agnosticismos. Para ello contamos con la capacidad humana, limitada pero real, de acceder a la verdad. Cuando se renuncia a buscar la verdad, o se niega esta capacidad humana, ocurre que alguna ideología ocupa el lugar de la verdad. Y marginar la verdad del hombre en su integridad y sustituirla acriticamente por alguna idea afecta a la concepción de lo humano, lo cual tiene como consecuencia un pseudo-humanismo ideológico.

Entre las ideologías imperantes, a nuestro juicio, hay tres particularmente relevantes. La primera ideología es la *utilitarista*, según la cual se valora aquello, y sólo aquello, que produce satisfacción a las personas involucradas. La segunda es la *funcionalista*, según la cual se considera valioso únicamente lo que funciona eficazmente de acuerdo con cierta función previamente definida; por ejemplo, la formación de expertos profesionales a nivel superior, sin otra preocupación que su capacitación técnica, ignorando sus dimensiones ética y humana. Es una forma de pragmatismo, el cual se manifiesta también al investigar sin otra finalidad que incrementar el currículo del autor o el posicionamiento de la universidad en los *rankings* internacionales. Otro ejemplo sería diseñar un proyecto de investigación simplemente porque cuenta con posibilidades de financiación, sea cuál sea su contenido. La tercera ideología es la del *positivismo lógico*, que niega todo modo de saber fuera de lo que es observable y medible. Estrechamente unido al positivismo está el cientifismo, que excluye cualquier modo de aproximación a la verdad fuera del método científico.

Estas ideologías, como decíamos, llevan a una visión reduccionista de lo humano. El utilitarismo reduce al hombre a un individuo hedonista con intereses que trata

4 *Ex corde Ecclesiae*, cit., n. 30.

de satisfacer; el funcionalismo ve cada institución centrada en una función monotemática dejando otras funciones para otras instituciones, sin una visión de conjunto e ignorando que una única función no agota los contenidos y las consecuencias de una acción. El positivismo reduce lo humano a datos empíricos.

Los últimos Papas han insistido a menudo en los problemas de ciertas ideologías cuando conforman la universidad, precisamente por su reducción de lo humano. Así, Benedicto XVI, refiriéndose al utilitarismo y al pragmatismo, afirmaba:

“Sabemos que cuando la sola utilidad y el pragmatismo inmediato se erigen cómo criterio principal, las pérdidas pueden ser dramáticas: desde los abusos de una ciencia sin límites, más allá de ella misma, hasta el totalitarismo político que se aviva fácilmente cuando se elimina toda referencia superior al mero cálculo de poder. En cambio, la genuina idea de Universidad es precisamente lo que nos preserva de esa visión reduccionista y sesgada de lo humano”<sup>5</sup>

Cuando la universidad ignora o reduce lo humano, con frecuencia se olvida también de la primacía de las personas sobre las cosas. Puede seguir generando y transmitiendo conocimientos, pero deja de orientarse a las personas. Adoptando esta perspectiva, la economía reducirá las personas a productores y consumidores, la sociología las verá como números de unas estadísticas y las relaciones humanas se reducirán a conflictos y a relaciones de influencia y poder. La medicina contará con interesantes medios técnicos, con sofisticados diagnósticos por imagen y apoyo de inteligencia artificial, pero reducirá lo humano a pura biología o mecanismos de funcionamiento. Por su parte, los estudios políticos verán el poder únicamente en términos calculistas orientados a conseguir o mantener el poder, subordinando a las personas al logro de poder. Y así podríamos continuar con otros saberes que configuran la universidad.

La referencia a lo humano, como un valor superior, da a la ciencia un significado profundo – su servicio a las personas – evitando tomar la ciencia como un fin en sí misma – sacrificando o cosificando a las personas en aras de aumentar los conocimientos científicos, o incluso desarrollando ciencias o técnicas en contra de las personas. Esta referencia sitúa a la economía en el terreno de lo instrumental y evita subordinar a las personas al logro de fines económicos. Algo parecido cabría añadir de otras ciencias particulares.

Frente a los postulados del positivismo, se sitúa la posición de san Juan Pablo II, quién, dirigiéndose a profesores universitarios, señalaba el déficit humanista al acentuarse la tendencia a reducir el horizonte del conocimiento a lo que es mensurable y a descuidar toda cuestión relativa al significado último de la realidad. A continua-

<sup>5</sup> Benedicto XVI, *Discurso en el encuentro con jóvenes profesores universitarios*, Basílica de San Lorenzo de El Escorial, 19 de agosto de 2011. Accesible en [vatican.va](http://vatican.va).

ción, invitaba a preguntarse: “¿qué hombre prepara hoy la universidad?”<sup>6</sup>

Volviendo a la anterior cita de Benedicto XVI, vale la pena detenerse en su afirmación de que “la genuina idea de Universidad” conlleva asumir lo humano en toda su plenitud, evitando una “visión reduccionista y sesgada de lo humano.”<sup>7</sup> Hablar de lo genuino remite a los orígenes de la universidad, ya que genuino, viene del latín, *genuinus*, un término derivado de *genus*, linaje. El concepto originario de universidad, como señalábamos más arriba, entrañaba un sentido comprensivo e integrador – universitas, en latín, literalmente significa “girando hacia uno” –. Se aplicaban a la unidad de quienes formaban la universidad y a su común propósito de querer conocer la verdad. En este sentido, en una carta a la Universidad de París fechada en el 1255, el Papa Alejandro VI veía la Universitas magistrorum et scholarium como la reunión de estudiantes con sus maestros animados todos por el mismo amor del saber<sup>8</sup>, definición coincidente con la citada más arriba de Alfonso X, el Sabio. Un amor al saber que incluye la verdad del hombre como un saber primordial. En este sentido, “la Universidad ha sido, y está llamada a ser siempre, la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana.”<sup>9</sup> Esto es tan importante que, cuando se renuncia a buscar la verdad de la persona, la universidad en lugar de servir al hombre y el bien de la sociedad, corre el riesgo de servir a intereses particulares o a grupos de poder.

“Hoy la más atenta reflexión epistemológica – señalaba san Juan Pablo II ante un significativo grupo de profesores universitarios – reconoce la necesidad de que las ciencias del hombre y las de la naturaleza vuelvan a encontrarse, para que el saber recupere una inspiración profundamente unitaria. El progreso de las ciencias y de las tecnologías pone hoy en las manos del hombre posibilidades magníficas, pero también terribles. La conciencia de los límites de la ciencia, considerando las exigencias morales, no es oscurantismo, sino salvaguardia de una investigación digna del hombre y al servicio de la vida”.<sup>10</sup>

## Algunas características del humanismo cristiano

### a) Empleo de la razón y de la fe en la búsqueda de la verdad

Hemos hablado de la verdad del hombre, pero ¿cómo acceder a ella? Diría que, en primer lugar, con valentía. Una universidad inspirada en el humanismo cristiano no debe temer indagar la verdad, y en concreto la verdad del ser humano. Aún más, lo ha de tener como una prioridad. Ciencia, razón y fe han de contribuir a un mejor conocimiento del hombre. Para ello conviene superar el prejuicio del cientificismo, al

<sup>6</sup> *Ibidem*.

<sup>7</sup> Benedicto XVI, *Discurso en el encuentro con jóvenes profesores universitarios*, Basílica de San Lorenzo de El Escorial, 19 de agosto de 2011. Accesible en vatican.va.

<sup>8</sup> Citado por Juan Pablo II, en *Ex Corde Ecclesiae*, cit., n. 1.

<sup>9</sup> Benedicto XVI, 2011, cit.

<sup>10</sup> Juan Pablo II, *Discurso a los profesores universitarios en el Jubileo*, 9 de septiembre 2000, n. 6. Accesible en vatican.va.

afirmar que no hay más verdades que las científicas, ni más experiencias valiosas para el conocimiento que las observables externamente y susceptibles de ser medidas.

En ocasiones se ha presentado el humanismo en oposición con la visión precedente de la fe. Sin embargo, no puede sostenerse seriamente que haya oposición intrínseca entre ambas visiones. En realidad, es posible un humanismo en el que el horizonte de la ciencia y el de la fe no estén en conflicto, sino que se complementen.<sup>11</sup> En realidad, como señala Saranyana, “la Revelación divina nos ayuda a mejorar nuestro pensamiento y nos abre nuevos horizontes de conocimiento que sin ella serían insospechables”. Entre estos horizontes, Saranyana incluye las nociones de “nada”, creación, providencia, transcendencia, perdón y persona, entre otras<sup>12</sup>.

La Iglesia, promotora en Europa de la institución universitaria, apoyada en el Evangelio, tiene una razón poderosa para indagar la verdad, o más bien dos: la racionalidad de la naturaleza – creación de Dios – y la capacidad racional del hombre para conocerla. Benedicto XVI lo explica aludiendo a la fe cristiana, la cual – afirma – “nos habla de Cristo como el Logos por quien todo fue hecho (cf. Jn 1,3), y del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios.”<sup>13</sup> Y añade:

“Esta buena noticia descubre una racionalidad en todo lo creado y contempla al hombre como una criatura que participa y puede llegar a reconocer esa racionalidad. La Universidad encarna, pues, un ideal que no debe desvirtuarse ni por ideologías cerradas al diálogo racional, ni por servilismos a una lógica utilitarista de simple mercado, que ve al hombre como mero consumidor.”<sup>14</sup>

El humanismo cristiano reconoce el valor de la razón – la luz de la razón –, al tiempo que acepta un conocimiento supra-racional de la Revelación – que no irracional o emocional, sino un conocimiento de fe, que es un conocimiento por confianza – confianza en Dios que revela. “Cada uno, al creer, confía en los conocimientos adquiridos por otras personas (...) el conocimiento por creencia se funda sobre la confianza interpersonal, está en relación con la verdad: el hombre, creyendo, confía en la verdad que el otro le manifiesta.”

La Revelación arroja nueva luz a la esfera cognitiva, también iluminando el significado profundo de la existencia humana y del mundo, al que se reconoce como Creación de Dios.

La razón por la cual no debe haber oposición entre el conocimiento racional de lo creado y el conocimiento supra-racional de la fe es que su origen común es Dios. Razón y fe se apoyan mutuamente en la búsqueda de la verdad. La razón aplicada a la fe da lugar a la teología. La teología, a su vez presenta proposiciones que retan a la

<sup>11</sup> S. Juan Pablo II, lo ve como una necesidad (Cf. *Discurso a los profesores universitarios en el Jubileo*, (9 de septiembre 2000), n. 4. Accesible en vatican.va.

<sup>12</sup> Josep Ignasi Saranyana, “L’humanisme cristià: Sobre la interrelació fe-cultura”. *Revista d’humanitats*, 01 (2017), p. 88ss.

<sup>13</sup> *Ibidem*.

<sup>14</sup> *Ibidem*.



reflexión racional, esto es a la filosofía. Así, por ejemplo, la teología explora la verdad revelada de que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios<sup>15</sup> y concluye que el hombre tiene por ello una gran dignidad. A su vez, la filosofía es interpelada a buscar argumentos racionales que avalen esta dignidad. En este sentido, entre teología y filosofía existe cierta “circularidad”:

“Para la teología, el punto de partida y la fuente original debe ser siempre la palabra de Dios revelada en la historia, mientras que el objetivo final no puede ser otro que la inteligencia de ésta, profundizada progresivamente a través de las generaciones. Por otra parte, ya que la palabra de Dios es Verdad (cf. Jn 17, 17), favorecerá su mejor comprensión la búsqueda humana de la verdad, o sea el filosofar, desarrollado en el respeto de sus propias leyes”<sup>16</sup>

San Agustín expresaba la relación entre razón y fe con una frase que ha llegado a ser famosa: *Intellege ut credas; crede ut intellegas*<sup>17</sup>: entiende para creer y cree para entender. Esta invitación, comenta San Juan Pablo II, es una “llamada a explorar audazmente las riquezas de la Revelación y de la naturaleza, para que el esfuerzo conjunto de la inteligencia y de la fe permita a los hombres alcanzar la medida plena de su humanidad.”<sup>18</sup> Desde la fe se conoce al ser humano como creado a imagen y semejanza de Dios. La Encarnación del *Logos* arroja nueva luz acerca del valor de cada persona. La fe nos da también a conocer la vocación del hombre a la vida eterna de comunión con Dios<sup>19</sup>. Las luces de la razón indagan en la condición humana y el carácter único e irrepetible de cada persona. Su ser racional y libre, su esfera emocional, su condición individual, relacional y social, el reconocimiento de la interioridad de cada persona, su apertura a la trascendencia y la llamada a crecer en su humanidad y a adquirir virtudes.<sup>20</sup>

#### b) *Apertura a la trascendencia y reconocimiento de Dios-Creador*

Es significativa la experiencia humana de la trascendencia. Conocemos y experimentamos la realidad que nos envuelve, pero nos situamos más allá del mundo. Nos preguntamos sobre sus causas y significados e intuimos que hay algo o Alguien que nos trasciende y que da respuesta a las preguntas últimas de nuestra existencia. Son preguntas que se refieren al sentido de la vida, al origen del universo, al porqué de la belleza que nos cautiva y de dónde surgen estos valores que descubrimos dentro de nosotros: la bondad de la justicia, de la entrega generosa, de la amistad,... Nos pre-

<sup>15</sup> Cf. Gen 1, 26.

<sup>16</sup> Juan Pablo II; *Encíclica 'Fides et ratio'*, sobre la relación entre fe y razón (14 septiembre 1998), n. 73.

<sup>17</sup> Cf. San Agustín, *Sermon* 43, 9.

<sup>18</sup> *Ex Corde Ecclesiae*, cit., n. 5.

<sup>19</sup> Ver *Gaudium et spes*, cit., Parte I.

<sup>20</sup> Ver, p.e., Melé, Domènec y González Cantón, César, *Fundamentos antropológicos de la dirección de empresas*, Eunsa: Pamplona, 2015.

guntamos sobre la existencia de Dios y si existe una vida que continúe más allá de los umbrales de la muerte. Los no creyentes, aun negando a Dios, con frecuencia admiten algo trascendente en sus vidas: unos valores, la necesidad de vivir por una causa noble, un ideal político,... Para el humanismo cristiano, el Trascendente es Dios, que se ha revelado a sí mismo a través de profetas y, llegada la plenitud de los tiempos, a través de su propio Hijo.<sup>21</sup> Más aún, “el humanismo cristiano implica ante todo la apertura al Trascendente. Aquí residen la verdad y la grandeza del hombre, la única criatura del mundo visible capaz de tomar conciencia de sí, reconociéndose envuelta por el misterio supremo al que la razón y la fe juntas dan el nombre de Dios.”<sup>22</sup>

Negar la apertura a la trascendencia equivale a negar la misma condición humana que no se aquieta sin tratar de descubrir algo que le trasciende. En este sentido, se ha afirmado que “la religión es la mayor rebelión del hombre que no quiere vivir como una bestia, que no se conforma—que no se aquieta—si no trata y conoce al Creador”.<sup>23</sup> Y, de ahí, una consecuencia: “Una Universidad de la que la religión está ausente, es una Universidad incompleta: porque ignora una dimensión fundamental de la persona humana, que no excluye—sino que exige—las demás dimensiones”.<sup>24</sup>

El humanismo cristiano reconoce la apertura humana a la trascendencia y, por la fe, reconoce a Dios como Creador de todo. Los creyentes, sea cual fuere su religión, “escucharon siempre la manifestación de la voz de Dios en el lenguaje de la creación. Más aún, por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida”.<sup>25</sup> Sin un sentido profundo de la propia existencia, el hombre queda permanentemente es busca de sentido.

Los Papas insisten en que un humanismo cerrado a la trascendencia olvidaría una característica fundamental del ser humano y sería un humanismo incompleto. Lo hacía notar el beato Pablo VI, quien afirmaba que no hay más que “un humanismo verdadero que se abre al Absoluto en el reconocimiento de una vocación que da la idea verdadera de la vida humana”.<sup>26</sup> Benedicto XVI va aún más lejos al afirmar: “*El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano*”.<sup>27</sup>

La trascendencia no supone, sin embargo, cerrazón al mundo y a su conocimiento racional. Como advierte San Juan Pablo II,

“debe quedar claro que esta dimensión ‘vertical’ del saber no implica ningún aislamiento intimista; al contrario, se abre por su misma naturaleza a las dimensiones de la creación. ¡No podía ser de otra forma! Al reconocer al Creador, el hombre reconoce el valor de las criaturas. Abriéndose al Verbo encarnado,

<sup>21</sup> Cf. Heb 1, 1 y Gal 4, 4.

<sup>22</sup> Juan Pablo II, Discurso a los profesores universitarios en el Jubileo, 9 de septiembre 2000, n. 4. Accesible en vatican.va.

<sup>23</sup> S. Josemaría Escrivá, *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Rialp: Madrid 1ª ed., 1968, n. 73.

<sup>24</sup> *Ibidem*.

<sup>25</sup> *Gaudium et spes*, cit. n. 36.

<sup>26</sup> B. Pablo VI, Encíclica ‘*Populorum progressio*’ (26 marzo de 1967), n. 42.

<sup>27</sup> Benedicto XVI, Encíclica ‘*Caritas in veritate*’ (29 de junio de 2009), n. 78. Accesible en vatican.va

acoge también todo lo que ha sido hecho por él (cf. Jn 1, 3) y por él ha sido redimido. Por eso, es necesario redescubrir el *sentido original y escatológico de la creación*, respetándola en sus exigencias intrínsecas, pero, al mismo tiempo, disfrutándola desde la libertad, responsabilidad, creatividad, alegría, ‘descanso’ y contemplación”<sup>28</sup>

### c) *Llamada a la plenitud humana y al seguimiento de Jesucristo*

La razón descubre la experiencia humana común de una llamada interior a desarrollarse como seres humanos, más allá del crecimiento biológico. El crecimiento o desarrollo humano se conforma por el descubrimiento del bien, es decir, de aquello que es bueno alcanzar porque causa nuestro florecimiento humano. Tenemos capacidad, al menos en sus rasgos esenciales el bien humano de aquellos bienes que sólo son útiles o placenteros. Este bien lleva a dar lo mejor de uno mismo en favor de los demás y este “amor de donación” se facilita con la adquisición de virtudes – rasgos o hábitos del carácter que proporcionan fuerza interior para obrar bien. En este sentido, San Juan Pablo II afirmó que el amor es “la vocación fundamental e innata de todo ser humano”<sup>29</sup>

Hay, pues, una llamada en todo ser humano – una “vocación” – a buscar la verdad que oriente su vida y actuar en consecuencia; una actuación que exige amor de donación. La vocación se relaciona con la libertad de cada persona – de gran aprecio en el humanismo cristiano – necesaria para responder a la llamada. “La vocación es una llamada que requiere una respuesta libre y responsable”<sup>30</sup>

El creyente sabe, además, que “solo en el misterio de Verbo encarnado se esclarece el misterio del hombre”<sup>31</sup> La plenitud humana encuentra su referencia última en Cristo, a quien la fe reconoce como “verdadero Dios y verdadero hombre”<sup>32</sup> Cristo se presentó a Sí mismo como el modelo a seguir – el Camino<sup>33</sup> – invitando a aprender de Él.<sup>34</sup>

La luz del Evangelio de Jesucristo proporciona una visión del hombre y su desarrollo que va más allá de las limitadas capacidades humanas para descubrir el bien y los valores auténticos. Benedicto XVI señala que

28 Juan Pablo II, Discurso a los profesores universitarios en el Jubileo, 9 de septiembre 2000, cit. n. 5.

29 Juan Pablo II, *Exhortación apostólica ‘Familiaris Consortio’* (22 de noviembre de 1981), n. 11.

30 *Caritas in veritate*, cit., n. 17

31 Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes* (1965), n. 22. Accesible en vatican.va.

32 *Símbolo Quicumque*.

33 Jn 14, 6.

34 Cf. Mt 11, 29.

“el hombre no es capaz de gobernar por sí mismo su propio progreso, porque él solo no puede fundar un verdadero humanismo. Sólo si pensamos que se nos ha llamado individualmente y como comunidad a formar parte de la familia de Dios como hijos suyos, seremos capaces de forjar un pensamiento nuevo y sacar nuevas energías al servicio de un humanismo íntegro y verdadero”<sup>35</sup>

El seguimiento de Jesucristo entraña, en efecto, un conjunto de valores, los llamados “valores evangélicos”. Entre ellos destacan la verdad y el amor. Cristo se presenta a sí mismo como la Verdad<sup>36</sup> y manda imitarle en su amor<sup>37</sup>, un amor que incluye la misericordia, y que tiene como consecuencia la ofrenda efectiva de sí mismo.<sup>38</sup> El amor es tan importante en el humanismo cristiano que san Pablo llegará a afirmar: “Y si tuviera el don de profecía, y entendiera todos los misterios y todo conocimiento, y si tuviera toda la fe como para trasladar montañas, pero no tengo amor, nada soy. Y si diera todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo amor, de nada me aprovecha”<sup>39</sup>

Relacionado con el amor, el servicio es otro valor fundamental: “el Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir”<sup>40</sup> Por otra parte, Cristo muestra un gran aprecio por la libertad, pero una libertad guiada por la verdad; ya que, en sus propias palabras, “la verdad os hará libres”<sup>41</sup> Así, pues, el humanismo cristiano incluye anhelo de verdad, amor y servicio a los demás – que conllevan justicia, misericordia y solidaridad – y libertad responsable. El ejercicio de estos valores evangélicos lleva a crecer en humanidad.

Benedicto XVI sintetiza estos valores en vivir la caridad (amor) en la verdad, convencido que ello llevará a superar los problemas del relativismo muy extendido en la cultura actual y en la cual lo humano queda del todo diluido. “En el contexto social y cultural actual, en el que está difundida la tendencia a relativizar lo verdadero – afirma –, vivir la caridad en la verdad lleva a comprender que la adhesión a los valores del cristianismo no es sólo un elemento útil, sino indispensable para la construcción de una buena sociedad y un verdadero desarrollo humano integral”.<sup>42</sup> En esta misma línea, insiste: “La caridad en la verdad, de la que Jesucristo se ha hecho testigo con su vida terrenal y, sobre todo, con su muerte y resurrección, es la principal fuerza

<sup>35</sup> *Caritas in veritate*, cit. n. 78.

<sup>36</sup> Jn 14, 6.

<sup>37</sup> Cf. Jn 15, 12

<sup>38</sup> Cf. Mc 8, 34.

<sup>39</sup> 1 Corintios 13, 2-3.

<sup>40</sup> Mt 20, 28.

<sup>41</sup> Jn 8, 32.

<sup>42</sup> *Caritas in veritate*, cit., n. 4.

<sup>43</sup> *Caritas in veritate*, cit., n. 1.

impulsora del auténtico desarrollo de cada persona y de toda la humanidad”<sup>43</sup>

#### d) *Reconocimiento de la dignidad trascendente de la persona humana*

La dignidad de la persona humana se halla de algún modo presente en todo humanismo. Los argumentos filosóficos giran en torno a la libertad y racionalidad humana y el carácter único e irrepetible de cada persona. Esta dignidad viene reforzada desde la fe cristiana al ver al hombre creado a imagen y semejanza de Dios y llamado a una vida eterna de unión con Dios. “Dios creó al hombre para la incorruptibilidad y lo hizo imagen de su propia eternidad”<sup>44</sup>, leemos en el Libro de la Sabiduría.

La fe en la Encarnación del Verbo de Dios<sup>45</sup> y la Redención del hombre por Cristo<sup>46</sup> refuerza aún más la dignidad humana. A partir de aquí y de todo el mensaje de Cristo puede afirmarse que Jesucristo “manifiesta el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”<sup>47</sup>.

Al convencimiento de la dignidad humana se llega también desde la razón y por ello hay que “*afirmar al hombre por él mismo* – como afirmaba San Juan Pablo II en su visita a la UNESCO –, y no por ningún otro motivo o razón: ¡únicamente por él mismo! Más aún, hay que amar al hombre porque es hombre, hay que reivindicar el amor por el hombre en razón de la particular dignidad que posee”<sup>48</sup>.

Junto al valor intrínseco y dignidad de cada persona, el humanismo cristiano subraya que cada persona es portadora de derechos innatos, y proclama la necesidad de vivir en justicia y en paz y de ser solidarios unos con otros.

#### e) *Centralidad de la persona y del bien común en la vida social*

El humanismo, con distintos matices según las diversas propuestas, aboga por la centralidad de lo humano. De modo particular, el humanismo cristiano coloca a la persona y el servicio a las personas en el centro de la cultura que es necesario promover. “Entre los criterios que determinan el valor de una cultura, están, en primer lugar, el significado de la persona humana, su libertad, su dignidad, su sentido de la responsabilidad y su apertura a la trascendencia. Con el respeto a la persona está relacionado el valor eminente de la familia, célula primaria de toda cultura humana”<sup>49</sup>.

Al reconocimiento y respeto de la dignidad humana y los derechos innatos de la persona, está estrechamente unida la promoción del desarrollo integral de toda la persona y de todas las personas. A eso se refiere la expresión “desarrollo humano integral” cuya consecución es bien común, esto es, bien de todos. Las condiciones materiales, culturales y morales de las comunidades que facilitan el desarrollo humano

<sup>44</sup> Sab 2, 23.

<sup>45</sup> “El Verbo de Dios se hizo hombre y habitó entre nosotros.” (Jn 1, 14).

<sup>46</sup> “Jesucristo se dio a sí mismo como rescate para todos” (1 Carta a Timoteo, 2:6; cf. Mc 10, 45, entre otros textos).

<sup>47</sup> Concilio Vaticano II; Const. Past. ‘*Gaudium et spes*’ (7 de diciembre de 1965), cit., n. 22.

<sup>48</sup> Juan Pablo II, Discurso ante la UNESCO, 2 de junio de 1980, n. 10. Disponible en vatican.va.

<sup>49</sup> Ex Corde Ecclesiae, cit., n. 45.

son parte del bien común.

La centralidad de la persona ha de expresarse en todo tipo de actividades humanas, ya sea en el ámbito económico, social o político. Como proclama la doctrina social de la Iglesia, “el hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico-social”.<sup>50</sup> De modo especial es relevante en el buen uso y distribución de los bienes de la tierra: “todos los bienes de la tierra deben ordenarse en función del hombre, centro y cima de todos”.<sup>51</sup>

La centralidad de lo humano y el desarrollo humano integral llevan pues a trabajar por el bien común, esto es, por el bien de todos quienes forman una comunidad. El bien común entrama respeto por la dignidad humana, unas relaciones realmente humanas justas y pacíficas, respecto por la libertad – también en las iniciativas sociales llevadas a cabo con subsidiaridad – y actuaciones solidarias. Lograr unas correctas relaciones humanas entre ciudadanos y entre administradores y administrados es también bien común, como lo es contribuir solidariamente a su logro y respetar la iniciativa de las personas y darles la posibilidad de que pongan sus talentos al servicio de los demás con sentido de subsidiariedad.

Todo ello se resume en las siguientes palabras de san Juan Pablo II:

“El humanismo que deseamos promueve una visión de la sociedad centrada en la persona humana y en sus derechos inalienables, en los valores de la justicia y de la paz, en una correcta relación entre personas, sociedad y Estado, y en la lógica de la solidaridad y de la subsidiariedad. Es un humanismo capaz de infundir un alma al mismo progreso económico, para *promover a todos los hombres y a todo el hombre*”.<sup>52</sup>

En la misma línea el papa Francisco añade: “Las universidades, por su naturaleza, están llamadas a ser laboratorios de diálogo y de encuentro al servicio de la verdad, de la justicia y de la defensa de la dignidad humana en todos los niveles” y esto vale especialmente para una universidad católica.<sup>53</sup>

#### f) *Autonomía en la actividad humana guiada por el orden moral*

El humanismo cristiano subraya que “la actividad humana, así como procede del hombre, así también se ordena al hombre”.<sup>54</sup> Esta actividad exige indagar con autonomía las leyes de la naturaleza tratando de descubrirlas, emplearlas y ordenarlas del modo más conveniente. El humanismo no escatima la legítima autonomía de las

<sup>50</sup> *Gaudium et spes*, cit. n. 63.

<sup>51</sup> *Gaudium et spes*, cit. n. 12.

<sup>52</sup> Juan Pablo II, Discurso a los profesores universitarios en el Jubileo, 9 de septiembre 2000, cit. n. 6. El fragmento en cursiva corresponde a *Populorum progressio*, cit., 14; cf. *Sollicitudo rei socialis*, 30.

<sup>53</sup> Francisco, *Discurso a una delegación de la Vilanova University de Filadelfia*, 14 abril de 2018. Disponible en vatican.va

<sup>54</sup> *Gaudium et spes*, cit. n. 35.

ciencias y otras disciplinas académicas ni impone métodos específicos, pero reclama su integración a través de significados humanos y una adecuada guía ética. Esta autonomía operativa no ha de verse como independiente de Dios ni ha de llevar a afirmar afirmar que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador.<sup>55</sup> El humanismo lleva a poner la ciencia y la tecnología al servicio del hombre, y no al revés.

Es también conveniente el diálogo interdisciplinar, de manera que cada disciplina después de un estudio sistemático busque establecer un diálogo entre las diversas disciplinas con el fin de enriquecerse mutuamente.

Esta autonomía exige libertad académica, salvaguardando los derechos de la persona y de la comunidad dentro de las exigencias de la verdad y del bien común.<sup>56</sup> De este modo, “los estudiosos examinan a fondo la realidad con los métodos propios de cada disciplina académica, contribuyendo así al enriquecimiento del saber humano.”

La libertad de cátedra y de investigación en ocasiones se presenta en conflicto con el orden moral, abogando por una dialéctica libertad-ley moral, de modo que esta última se presenta como límite a la libertad. Pero la ley moral más que limitar la libertad la orienta a favor del bien del hombre. “La ley de Dios, pues, no atenúa ni elimina la libertad del hombre, al contrario, la garantiza y promueve”.<sup>57</sup> La verdad hace libres, con una libertad madura, entendida no como espontaneidad sino como autodeterminación reflexiva. Lo contrario sería que la libertad creara valores para dirigirse a sí misma, lo cual no supone ninguna garantía de respeto a lo humano. “La madurez y responsabilidad de estos juicios [de conciencia]—y, en definitiva, del hombre, que es su sujeto— se demuestran no con la liberación de la conciencia de la verdad objetiva, en favor de una presunta autonomía de las propias decisiones, sino, al contrario, con una apremiante búsqueda de la verdad y con dejarse guiar por ella en el obrar”.<sup>58</sup>

#### h) *Responsabilidad personal más allá de las instituciones*

Las instituciones que estructuran jurídica, civil, política y culturalmente la vida social—y, entre ellas se incluye la universidad—son relevantes para el bien común, lo cual exige cuidarlas y utilizarlas.<sup>59</sup> Sin embargo, las instituciones no lo son todo. El humanismo cristiano concede mucha importancia a la responsabilidad personal—estrechamente unida a la libertad—, sin menospreciar a las instituciones, las cuales pueden ayudar a humanizar. Sin embargo, esperar todo de ellas puede llevar a la pasividad y a desaprovechar la iniciativa y creatividad de las personas. En efecto, “el desarrollo humano integral supone la libertad responsable de la persona y los pueblos: ninguna estructura puede garantizar dicho desarrollo desde fuera y por encima de la

<sup>55</sup> Cf. *Ibid*, n. 36.

<sup>56</sup> Ex *Corde Ecclesiae*, cit., n. 12.

<sup>57</sup> Juan Pablo II, Encíclica ‘*Veritatis splendor*’ (6 de agosto de 1993), n. 35.

<sup>58</sup> *Veritatis splendor*, cit., n. 61.

<sup>59</sup> Cf. *Caritas in veritate*, cit., n. 7.

<sup>60</sup> *Caritas in veritate*, cit., n. 17.

responsabilidad humana”.<sup>60</sup>

Benedicto XVI hacía notar que a lo largo de la historia se ha creído con frecuencia que la creación de instituciones bastaba para garantizar a la humanidad el ejercicio del derecho al desarrollo, depositado una confianza excesiva en dichas instituciones, como si ellas pudieran conseguir el objetivo deseado de manera automática. “En realidad –añade –, las instituciones por sí solas no bastan, porque el desarrollo humano integral es ante todo vocación y, por tanto, comporta que se asuman libre y solidariamente responsabilidades por parte de todos”.<sup>61</sup>

#### h) *Trascendencia del hombre sobre el mundo y responsabilidad ecológica*

El humanismo cristiano engloba “el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre”.<sup>62</sup> Ya nos hemos referido a lo segundo, veamos ahora lo primero. El hombre vive en el mundo, pero se distingue de él, lo trasciende.

En este punto, el humanismo cristiano se distingue de la visión bio-centrista en la que el ser humano es considerado como un ser vivo más entre otros muchos, sin más, y también del eco-centrismo que ve al hombre como una simple parte del ecosistema sin señalar un límite superado por el hombre.

Esta trascendencia del hombre no significa en modo alguno desprecio por la naturaleza no-humana – animales, plantas y materiales no orgánicos. Es humanista valorar todo el entorno natural como don y no sólo como recursos para el hombre. El dominio despótico del hombre sobre la naturaleza es contrario al humanismo cristiano. El dominio absoluto sobre toda la Creación corresponde a Dios. “La forma correcta de interpretar el concepto del ser humano como ‘señor’ del universo consiste en entenderlo como administrador responsable”.<sup>63</sup> A esta administración responsable hay que añadir la voluntad de cuidar la naturaleza: “la intervención humana que procura el prudente desarrollo de lo creado es la forma más adecuada de cuidarlo, porque implica situarse como instrumento de Dios para ayudar a brotar las potencialidades que él mismo colocó en las cosas”.<sup>64</sup>

Aunque la dignidad humana es genuina, también los otros seres vivientes tienen valor intrínseco, que es necesario respetar de un modo apropiado: “no basta pensar en las distintas especies sólo como eventuales ‘recursos’ explotables, olvidando que tienen un valor en sí mismas”.<sup>65</sup> El humanismo cristiano proporciona una mirada amorosa al entorno natural que ve como creación de Dios: “toda la naturaleza, además de manifestar a Dios, es lugar de su presencia”.<sup>66</sup> Más aún, “cuando tomamos conciencia del reflejo de Dios que hay en todo lo que existe, el corazón experimenta el deseo

<sup>61</sup> *Caritas in veritate*, cit. n. 11.

<sup>62</sup> Juan Pablo II, Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias, 10 de noviembre de 1979, n. 4. Disponible en vatican.va.

<sup>63</sup> Francisco, Encíclica ‘*Laudato si*’, n. 116.

<sup>64</sup> *Laudato si*, cit., n. 124.

<sup>65</sup> *Laudato si*, cit., n. 33.

<sup>66</sup> *Laudato si*, cit., n. 89.

<sup>67</sup> *Laudato si*, cit., n. 87.



de adorar al Señor por todas sus criaturas y junto con ellas”<sup>67</sup>

La trascendencia del hombre sobre el mundo no excluye el reconocimiento de la interconexión humana con todo el sistema ecológico y cierta comunión universal. Como señala el Papa Francisco: “siendo creados por el mismo Padre, todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal, una sublime comunión que nos mueve a un respeto sagrado, cariñoso y humilde.” Y, aclara, “esto no significa igualar a todos los seres vivos y quitarle al ser humano ese valor peculiar que implica al mismo tiempo una tremenda responsabilidad. Tampoco supone una divinización de la tierra que nos privaría del llamado a colaborar con ella y a proteger su fragilidad”.<sup>68</sup>

## **El humanismo cristiano en la institución y en la vida universitaria**

Las características citadas proporcionan un conjunto de directrices a la institución y a la vida universitaria. Entre ellas, destacaría las siguientes:

### *a) Buscar la verdad y fomentar la integración de saberes*

Como hemos hecho notar, el amor a la verdad es un valor fundamental del humanismo cristiano; y, en relación con la verdad, también lo es procurar la unidad del saber. Ante especializaciones excesivas o el dominio del paradigma tecnocrático “se vuelve actual la necesidad imperiosa del humanismo, que de por sí convoca a los distintos saberes, también al económico, hacia una mirada más integral e integradora”<sup>69</sup> Esta integración de saberes tiene manifestaciones concretas en docencia, investigación y en el servicio a la sociedad. Esto coloca la investigación de la verdad en un lugar central, de modo que la universidad sea “una ‘unidad viva’ de organismos, dedicados a la investigación de la verdad”<sup>70</sup> La correlación entre los múltiples elementos que conforman el desarrollo humano integral “exige un esfuerzo para que los diferentes ámbitos del saber humano sean interactivos, con vistas a la promoción de un verdadero desarrollo de los pueblos”<sup>71</sup>

En esta línea, se ha sugerido investigar en diálogo con la cultura, de modo que se favorezca una mejor comprensión de la fe y se logre desarrollar la investigación teológica, ayudando a la fe a expresarse en lenguaje moderno.<sup>72</sup> De un modo más específico, y refiriéndose a la universidad católica, san Juan Pablo II afirmaba: “la investigación abarca necesariamente: a) la consecución de una integración del saber; b) el

<sup>68</sup> *Laudato si*, cit., n. 89-90.

<sup>69</sup> *Laudato si*, cit., n. 141.

<sup>70</sup> Juan Pablo II, Alocución al Congreso Internacional sobre las Universidades Católicas, 25 de abril de 1989, n. 4. Disponible en [vatican.va](http://vatican.va).

<sup>71</sup> *Caritas in veritate*, cit., n. 30.

<sup>72</sup> Cf. *Ex Corde Ecclesiae*, cit., n. 49.

<sup>73</sup> *Ex Corde Ecclesiae*, cit., n. 15.

diálogo entre fe y razón; c) una preocupación ética y d) una perspectiva teológica”<sup>73</sup>  
De esta preocupación ética se ocupan los puntos siguientes.

b) *Respetar la dignidad de todo ser humano y sus derechos innatos*

Una universidad inspirada en el humanismo cristiano, tanto como institución como en la gestión del día a día, ha de hacer patente un profundo respeto por todas las personas y por cada una en particular. Nadie ha de ser considerado como un mero número de una estadística, ni como un cliente a satisfacer para mantener los ingresos y para que extienda la buena reputación y eso atraiga nuevos alumnos.

El respeto a la dignidad humana tiene su expresión en la defensa y promoción de los derechos humanos fundados en tal dignidad. No tendría sentido, por ejemplo, actitudes racistas o xenofóbicas o contrarias al derecho a la vida y a la libertad religiosa. Lo propio de la universidad es llevar a cabo esta defensa y promoción de la dignidad y derechos humanos desarrollando sólidos argumentos intelectuales y alternativas de investigación respetuosas con las personas, desde el momento de su concepción hasta la muerte natural. Así, por ejemplo, una universidad inspirada en el humanismo cristiano sabrá encontrar alternativas para investigar con células germinales sin destrucción de embriones humanos –auténticos seres humanos que sólo precisan crecimiento.

c) *Desarrollar un sentido de fraternidad sirviendo a las personas en su desarrollo integral y al bien común de la sociedad*

Respetar la dignidad humana es importante, pero el humanismo cristiano va aún más lejos incorporando la fraternidad. Promueve aprecio por las personas, de modo que nadie sienta indiferencia. Esto exige atención personalizada, estima por la libertad responsable de cada persona. También trabajar para contribuir al desarrollo humano integral, a la justicia, la solidaridad y la paz.

Se ha señalado que la falta de fraternidad entre los hombres y entre los pueblos es causa importante de subdesarrollo.<sup>74</sup> Por el contrario, la fraternidad lleva a trabajar por el desarrollo de los pueblos, para erradicar la pobreza o el hambre, o para lograr una sociedad más justa y unida.

La defensa de la dignidad humana encuentra su complemento en acciones solidarias. Así, la defensa intelectual del don de la vida, combatiendo por ejemplo los sofismas con que se suele presentar la eutanasia puede ir acompañada en otros quehaceres universitarios con el desarrollo de cuidados paliativos para disminuir el su-

frimiento de enfermos terminales o con graves dolencias y fomentar el afecto hacia ellos.

Estas exigencias se han especificado para la universidad católica al abogar para una investigación “realizada a la luz del mensaje cristiano, que ponga los nuevos descubrimientos humanos al servicio de las personas y de la sociedad; la formación dada en un contexto de fe, que prepare personas capaces de un juicio racional y crítico, y conscientes de la dignidad trascendental de la persona humana; la formación profesional que comprenda los valores éticos y la dimensión de servicio a las personas y a la sociedad ....”<sup>75</sup>

d) *Cuidar del entorno natural y usar los recursos con sentido de buena administración*

Cuidar el entorno natural lo hace más agradable y bello, y por tanto más atractivo. Aprovechar con diligencia los recursos disponibles disminuye coste. Pero el humanismo cristiano lleva a cuidar el medio ambiente y usar responsablemente de los bienes materiales, con sentido de buena administración, por responsabilidad ecológica.

El cuidado del entorno afecta a las instalaciones universitarias y también a la mentalidad a promover, al igual que el buen uso de los recursos disponibles. Puede afirmarse que es parte de la educación, también a nivel universitario. El Papa Francisco invita a esta educación llegando incluso a concretar algunos detalles:

“La educación en la responsabilidad ambiental puede alentar diversos comportamientos que tienen una incidencia directa e importante en el cuidado del ambiente, como evitar el uso de material plástico y de papel, reducir el consumo de agua, separar los residuos, cocinar sólo lo que razonablemente se podrá comer, tratar con cuidado a los demás seres vivos, utilizar transporte público o compartir un mismo vehículo entre varias personas, plantar árboles, apagar las luces innecesarias”<sup>76</sup>

Y añade: “todo esto es parte de una generosa y digna creatividad, que muestra lo mejor del ser humano. El hecho de reutilizar algo en lugar de desecharlo rápidamente, a partir de profundas motivaciones, puede ser un acto de amor que exprese nuestra propia dignidad”<sup>77</sup>

<sup>75</sup> *Ex Corde Ecclesiae*, cit., n. 49.

<sup>76</sup> *Laudato si*, cit., n. 211.

<sup>77</sup> *Ibidem*

## ¿Cómo hacer operativo el humanismo cristiano en la universidad?

Una última cuestión, nada trivial, es cómo hacer efectivo el humanismo cristiano en la universidad. Aquí esbozaremos algunos elementos que, a nuestro criterio, podrían contribuir a tal implementación. Lo haremos considerando su influencia en el quehacer de cualquier universidad.

Toda universidad está movida por una misión – hoy con frecuencia explicitada y publicitada –, acompañada de unos valores – a menudo también especificados. Está impulsada por un *liderazgo*, que puede ser muy notorio o quizá no tanto. Cuenta con una *organización*, más o menos compleja, que aglutina y coordina esfuerzos. Toda universidad, con el tiempo, desarrolla, una cultura propia, caracterizada por convicciones, valores, estilo y, en definitiva – por decirlo con una expresión coloquial – “por un modo de hacer las cosas”. Por último, pero no menos importante, la universidad depende de la *actuación personal* de quienes la componen. Parece que una implementación efectiva del humanismo cristiano no puede excluir ninguno de estos elementos.

### a) *Integrando el humanismo cristiano en la misión y los valores de la universidad*

Lo esencial de la misión es que exprese el fin institucional que ha de ser guía de la actividad universitaria y manifestada permanentemente en todo aquello que conforma la universidad. Divisiones, departamentos y actividades universitarias tienen sus propios fines, pero han de estar informados por la misión de la universidad y, de algún modo, estos fines han de ser medios para el fin último expresado en la misión. La misión como fin ha de estar presente en la intención de todos quienes actúan en la vida universitaria y que de uno u otro modo construyen la universidad. Es oportuno citar aquí unas palabras de Santo Tomás de Aquino que recuerdan la presencia de la finalidad en la acción: “el fin, aunque es lo último en la ejecución, es lo primero en la intención del agente. Y de este modo tiene razón de causa”<sup>78</sup>

La formulación de la misión de cada universidad ha de contar con aquello que esencial y que, en cierto modo la caracteriza. Para san Juan Pablo II, la universidad es

“...comunidad académica, que, de modo riguroso y crítico, contribuye a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales.”<sup>79</sup>

Hay universidades que abiertamente reconocen su inspiración cristiana en su misión o consideran central el humanismo cristiano. El papa Benedicto XVI destacaba en una ocasión la “misión” originaria y siempre actual de la Universidad católica: “hacer in-

78 Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I-II, q. 1, a. 1, ad 1.

79 S. Juan Pablo II, Cf. Discurso a la Conferencia Internacional sobre Globalización y Educación Católica Superior”, Roma, 5 de diciembre de 2002. Disponible en [vatican.va](http://vatican.va)

investigación científica y actividad didáctica según un proyecto cultural y formativo coherente, al servicio de las nuevas generaciones y del desarrollo humano y cristiano de la sociedad”.<sup>80</sup>

Estrechamente unida a la misión, la universidad tiene unos valores, que pueden ser explicitados en la declaración de misión o presentados aparte como expresión más o menos próxima a la misión de aquello que se considera relevante para informar la vida y el quehacer de la universidad. En todo caso, una misión efectiva no puede ignorar algún tipo de valores. Así, los valores orientan qué investigar y cómo hacerlo y, de igual modo, cómo orientar la docencia y la contribución a la sociedad. No hacerlo es también significativo ya que supone que tal orientación queda al arbitrio de cada uno, sin que la universidad adopte una posición institucional.

Entre los valores básicos, una universidad inspirada por el humanismo cristiano ha de destacar por buscar luz para todas sus disciplinas en la filosofía y la teología. En palabras de San Juan Pablo II:

“Guiados por las aportaciones específicas de la filosofía y de la teología, los estudios universitarios se esforzarán constantemente en determinar el lugar correspondiente y el sentido de cada una de las diversas disciplinas en el marco de una visión de la persona humana y del mundo iluminada por el Evangelio y, consiguientemente, por la fe en Cristo-Logos, como centro de la creación y de la historia”.<sup>81</sup>

#### b) *Liderando con los valores y virtudes del humanismo cristiano*

La conducción al fin exige liderazgo, si por liderazgo entendemos la actuación de alguien con influencia real sobre otras personas para que lo sigan en la prosecución de un objetivo común. Un liderazgo coherente ha de estar alineado con la misión y con los valores de la universidad; de otro modo entrarían en conflicto los fines declarados con los fines impulsados. Liderando ha de contar también con la energía interior proporcionado por las virtudes cristianas.

El liderazgo corresponde, en primer lugar, a quien dirigen la universidad – cancellor rector y equipo rectoral, decanos y directores de departamento – aunque sin duda están llamados a ejercer un liderazgo significativo. Lo hacen elaborando y comunicando estrategias, políticas y objetivos, coordinando y motivando, cada uno a su nivel, tratando de este modo, de efectiva la misión y los valores de la universidad.

<sup>80</sup> Benedicto XVI, Discurso en la inauguración del 85º curso académico en la universidad católica del sagrado corazón, 25 de noviembre de 2005. Disponible en vatican.va.

<sup>81</sup> *Ex Corde Ecclesiae*, cit., n. 16.

Pero el liderazgo no se limita a estas personas. Líder es todo aquel que tiene seguidores y, en este sentido, el liderazgo en la universidad se extiende a cada profesor y aun a cada alumno y al personal de apoyo que también participan de la misión de la universidad, cada uno desde su lugar.

c) *Desarrollando estrategias y una organización consistente con el humanismo cristiano*

La implementación de la misión queda plasmada en estrategias que exigen una estructura organizativa y una asignación de personas y medios disponibles, con la correspondiente distribución de responsabilidades y la concreción del apoyo y control institucional.

La organización de la universidad es, sin duda, lo que consume más energías: búsqueda y selección de alumnos y profesores, logro de fondos y materiales, apoyos tecnológicos, asignación de personas y recursos económicos, planificación de clases, diseño de investigaciones, y un largo etcétera.

La organización requiere eficiencia en los resultados y una mejora continua. Esto exige una continuada atención por parte de todos y, en primer lugar, del equipo directivo. Sin embargo, existe el riesgo de que la atención por los resultados difumine la finalidad última dada por la misión y que el éxito se mida no tanto por el cumplimiento de la misión como por los resultados cuantitativos.

La universidad no está exenta de uno de los males de nuestra sociedad en la que hay “una hipertrofia de los medios y una atrofia de los fines”, según una conocida expresión atribuida al pensador francés Paul Ricoeur. De aquí que exista el riesgo de quedarse en aquello que es medial y evaluar el éxito de la universidad, no en relación a su misión y, en definitiva, por los fines que persigue sino por los resultados, a menudo limitados a lo económico. Por supuesto los resultados son importantes, incluyendo el número de alumnos conseguidos, el grado y calidad de colocación de los posgraduados, las publicaciones conseguidas en revistas científicas de prestigio, los contratos de investigación conseguidos, etc. Son instrumentalmente importantes, pero en términos finalistas son sólo relativamente importantes.

d) *Construyendo cultura universitaria en base al humanismo cristiano*

La implementación del humanismo cristiano exige construir una cultura que impregne toda la universidad. La misión y los valores de la universidad son declaraciones, mientras que la cultura es una realidad sociológica. Incluye las convicciones, valores y comportamientos realmente asumidos por quienes integran la universidad y el modo particular de actuar. Aunque las personas son libres, la cultura tiene una

contrastada influencia en su comportamiento.

La cultura es un fenómeno complejo con múltiples influencias. Todo lo anterior –misión, valores, liderazgo, formulación de estrategias y organización– influye en la cultura, pero también la interacción de las personas involucradas en la universidad. A su vez, la cultura reinante puede influir en el modo de liderar, en la formulación de estrategias, en la organización y en la interpretación de la misión y aún en el planteamiento de un cambio.

Otro elemento importante en la configuración de la cultura de cada universidad es el entorno socio-cultural en que tal institución está inmersa. En efecto, la universidad no es un elemento aislado dentro de la sociedad. Depende de la cultura de cada entorno social. Depende también –y eso puede influir no sólo en la cultura, sino también en la estrategia y organización– de la demanda del mercado determinada por los alumnos y las posibilidades de colocación y de las ofertas de docentes e investigadores dispuestos a trabajar en la universidad.

En el núcleo de la cultura hay ideologías, con una cierta concepción del ser humano y de la sociedad y del modo de alcanzar el saber. Una cultura impregnada de una visión reduccionista del hombre no es humanista. “Para crear la cultura hay que considerar íntegramente, y hasta sus últimas consecuencias, al hombre como valor particular y autónomo, como sujeto portador de la trascendencia de la persona”.<sup>82</sup>

#### e) *Desarrollando y viviendo el humanismo cristiano*

Todos los elementos citados anteriormente pueden influir en el comportamiento individual, pero en las organizaciones el comportamiento individual no es un simple producto de las condiciones externas. En realidad, hay una interacción entre el comportamiento de las personas y la cultura.

Los profesores son clave para hacer efectivo el humanismo cristiano en todo el quehacer universitario, como lo es también el comportamiento del personal no-docente. Todo debe contribuir a educar en el humanismo cristiano. Todos deliberan y deciden cómo actuar. Por ello parece crucial que conozcan el humanismo cristiano, que se convenzan de su importancia y lo internalicen. Juan Pablo II recomendaba:

“Frente a los desafíos de un nuevo humanismo que sea auténtico e integral, la universidad necesita personas atentas a la palabra del único Maestro; necesita profesionales cualificados y testigos creíbles de Cristo. Ciertamente, es una misión difícil, que exige empeño constante, se alimenta de la oración y del estudio, y se expresa en la normalidad de la vida diaria”.<sup>83</sup>

<sup>82</sup> Juan Pablo II, Discurso ante la UNESCO, cit., n. 10. Disponible en [vatican.va](http://vatican.va)

<sup>83</sup> S. Juan Pablo II, Homilía en el Jubileo de profesores universitarios, 10 de septiembre 2000, cit., n. 4.

Son los profesores e investigadores quienes han de desarrollar y aplicar el humanismo cristiano y trabajar para alcanzar un auténtico desarrollo humano con sentido de fraternidad. Como señalaba el Beato Pablo VI, para alcanzar el desarrollo hacen falta “pensadores de reflexión profunda que busquen un humanismo nuevo, el cual permita al hombre moderno hallarse a sí mismo”<sup>84</sup>

En la conducta individual, además del conocimiento que ha de llevar a conocer e internalizar el humanismo cristiano, es importante la coherencia en la conducta, que es tanto como exigir integridad moral y unidad de vida, junto con una permanente disposición a servir, actuando con respeto, solicitud y benevolencia hacia las personas y el medio natural.

## **A modo de conclusión**

El humanismo cristiano, que presenta una visión profunda del hombre a la luz de la razón y de la Revelación, es una llamada a devolver a la universidad la centralidad de lo humano, sin excluir la necesaria especialización y capacitación profesional superior.

El humanismo cristiano proporciona a la universidad orientación institucional, valores y virtudes para el liderazgo, criterios morales para la estrategia y la organización, una cultura humana y humanizante, la certeza que proporciona la luz de la fe y, para muchos, una especial motivación para la acción.

En contraste con la visión de lo humano propia del humanismo cristiano, hay ideologías y barreras mentales que puede hacer que la universidad se muestre impermeable a una visión profunda de lo humano. El positivismo, el pragmatismo y el utilitarismo son algunas de estas ideologías que siguen dominando en no pocas universidades. La buena noticia es que esta situación no es necesariamente irreversible y, poco a poco, muchos se van dando cuenta de los reduccionismos de lo humano de tales ideologías entrañan y los problemas que acarrea.

Pensamos que es posible incorporar el humanismo cristiano en la universidad, convirtiéndola así en una institución centrada en las personas, con su dignidad transcendente, y al servicio a las personas. Sin olvidar la capacitación y la competencia profesional, los valores del humanismo cristiano ponen la dignidad y el desarrollo humano integral en el centro del quehacer universitario y dan sentido a la unidad del saber.

En este trabajo hemos analizado algunos puntos clave del humanismo cristiano y su aplicación a la universidad. También hemos explorado la implementación del humanismo cristiano a través de la misión, visión y valores de la universidad, la evaluación de estrategias y de la organización de acuerdo con los valores del humanismo

<sup>84</sup> *Populorum progressio*, cit., n. 20, Cf. *Caritas in, cit. veritate*, cit. n. 19.



cristiano. Particularmente importante es que el humanismo cristiano esté presente en la investigación, la docencia y la difusión de conocimientos en la sociedad y, sobre todo, que se refleje en la actuación individual actuando de acuerdo con los valores del humanismo cristiano, con creatividad y sentido innovador. Por supuesto, también los equipos de trabajo pueden contribuir a desarrollar contenidos del humanismo cristiano en las diversas disciplinas universitarias.

Todo lo dicho nos lleva a dibujar un “ethos” del profesor universitario compuesto por cinco elementos esenciales: a) competencia técnica en su especialidad, b) amor a la verdad, manifestado en una disposición seria y permanente de indagar en el conocimiento de la verdad, c) voluntad de profundizar en el conocimiento e internalización del humanismo cristiano, d) coherencia personal, caracterizada por integridad moral y unidad de vida y e) voluntad de servir, actuando con respeto, solicitud y benevolencia hacia las personas y el medio natural.